

TEATRO

EL CORSARIO NEGRO

(1er. Lugar)

Por Héctor Berthier

PERSONAJES:

EL ENCARGADO de una estación de autobuses foráneos

MANUEL.

LA MUJER del encargado.

CINTIA.

EL CHOFER de un autobús.

Una habitación de techo alto que sirve como estación de autobuses foráneos en la provincia de México. Puerta al interior y otra al exterior. Las paredes están cubiertas de humedad y con letreros publicitarios. Hay bancas de madera y un viejo escritorio sobre el cual se miran papeles, periódicos, cuentos y revistas, todos ellos atrasados con seguridad. En un rincón se observa un altarcito a San Cristóbal con algunas veladoras a medio consumir y flores silvestres en un florero de plástico. En otro lugar, un letrero poco visible para el público "Autotransportes El Corsario Negro".

Ante el escritorio está sentado Nicanor, encargado del turno de la noche. Es un hombre de baja estatura y complexión robusta. Por sus movimientos se adivina que se trata de un hombre joven todavía, aunque a primera vista parezca cansado, contagiado del ambiente sucio y deprimente del lugar. Ahora hojea aburridamente una de las revistas. Bosteza.

Entra Manuel. Tiene unos veinte años de edad. Lleva una maleta. Avanza tímidamente.

MANUEL.— Buenas noches.

ENCARGADO.— Buenas noches.

MANUEL.— ¿Tiene boletos para México?

ENCARGADO.— (Saca los boletos) ¿Para qué hora?

MANUEL.— Para la próxima salida.

ENCARGADO.— (Guarda los boletos, molesto) Hay uno de paso como a las veintitrés horas.

MANUEL.— Deme uno, por favor.

ENCARGADO.— Es de paso.

MANUEL.— Por eso, deme uno.

ENCARGADO.— Los boletos se venden arriba del camión... si es que hay lugar.

MANUEL.— Ah. (Pausa) Oiga, ¿y valdrá la pena que me espere?

ENCARGADO.— No sé. ¿Cómo quieres que yo te lo diga? Nunca es seguro que traigan lugares vacíos. A la gente le gusta viajar de noche. Se suben al camión, se duermen y cuando despiertan ya están en otro lugar. Casi como de magia. Yo no sé cómo pueden dormir. Yo ya no puedo. Antes sí; pero ahora ya no.

MANUEL.— Yo me voy despertando todo el camino. Dicen que es cuestión de acostumbrarse nada más... o de hacerse el ánimo.

ENCARGADO.— ¿Quién sabe? Yo ya no puedo dormir; ni siquiera en mi cama. Por eso conseguí tan fácilmente que me dieran este turno. Mientras todos están ya quietos y silencios, yo aquí me quedo, ganando dinero. ¿Está bien, no crees?—

MANUEL.— Pues sí.

ENCARGADO.— *(Se le queda mirando a Manuel)* ¿Tú de dónde eres?

MANUEL.— De México.

ENCARGADO.— *(Sonriendo)* Luego, luego se te mira. ¿Y tienes mucha prisa por irte?

MANUEL.— No. Es que no tengo donde pasar la noche.

ENCARGADO.— ¿Pues qué no te gusta el pueblo?

MANUEL.— Sí, sí me gusta. Está muy bonito.

ENCARGADO.— ¿Y entonces por qué no te quedas? Aquí hay muchas casas en que te pueden alquilar un catre.

MANUEL.— Es que tengo que regresarme pronto.

ENCARGADO.— Ahorita están de vacaciones, ¿no?

MANUEL.— No, en mi escuela no. Aparte me están esperando.

ENCARGADO.— ¿Quién?

MANUEL.— Mi novia.

ENCARGADO.— ¿Tu novia?

MANUEL.— Sí. Ella.

En este momento entra la mujer del encargado. Viste pobremente en relación con él. Da la impresión de ser algunos años mayor. Usa rebozo y lleva una canasta.

ENCARGADO.— *(Al mirar a su mujer)* ¿Y ahora qué pasó?

La mujer entra sin decir nada. Pone la canasta sobre el escritorio ante el encargado.

ENCARGADO.— Hubieras mandado a alguno de los muchachos. No me gusta que vengas hasta acá.

La mujer le lanza una mirada de odio y sale tratando de conservar la dignidad.

ENCARGADO.— *(Riendo)* ¿Viste? Así son todas las mujeres. Muy enojada, muy enojada pero nunca te dejan sin tragar. *(Pausa)* Oye, ¿y está bonita tu novia?

MANUEL.— Hay muchos que dicen que no, pero a mí me gusta.

ENCARGADO.— Qué bueno. Qué bueno que no. Eso siempre es problema. Lo mejor es que sepan llevar bien su casa y ya. Que tengan siempre las manos ocupadas. Las otras en cambio no sirven para nada y hasta te dejan o se van de cuzcas. Aunque claro, no hay que dejarse. Desde ahora que andas de novio enséñale a tu vieja quién es el que manda. Por eso si tienes ganas de estarte más tiempo por acá, es mejor que te espere. Que se acostumbren a esperarte siempre.

MANUEL.— No, pero... ya tengo ganas de verla.

ENCARGADO.— ¿Cuánto hace que no la miras?

MANUEL.— Desde el otro día.

ENCARGADO.— ¿Cuándo?

MANUEL.— El domingo.

ENCARGADO.— ¿El domingo pasado?

MANUEL.— Sí.

ENCARGADO.— Huy, cuate. Ya te tienen pelando chayotes con los dientes.

MANUEL.— No, hombre, no. La verdad es que yo no me hallo en este pue-

blo. Me gusta, sí, pero no quiero quedarme. No me da la gana.
ENCARGADO. — Bueno, no te enojés, cuate. Yo lo único que quería era hacerte plática, pero si tú no quieres me callo y ya.
MANUEL. — No me enojo.

El encargado se acerca a la canasta y saca de ella un par de jarros y unos unos tamales. Extiende todo sobre el escritorio y come. Al cabo de unos momentos se siente incómodo comiendo solo.

ENCARGADO. — ¿Gustas?
MANUEL. — No, gracias.
ENCARGADO. — De veras.
MANUEL. — No gracias. No quiero.
ENCARGADO. — Qué lástima. Están ricos estos tamalitos de frijoles. ¿No tienes hambre?
MANUEL. — No. Estoy cansado de esos tamales. (*Ante la incredulidad del encargado*) Estuve en la casa de Don Laureano. Supongo que usted lo debe conocer.
ENCARGADO. — Sí, ¿cómo no? Aquí todos lo conocemos muy bien. Cuando la zafra, contrata mucha gente. Yo mismo estuve trabajando para él alguna vez, pero ya no tengo necesidad. ¿Son parientes?
MANUEL. — No, mío no. Es primo de mi padre. Vine a visitarlo.
ENCARGADO. — Don Laureano siempre trata muy bien a sus parientes de fuera.
MANUEL. — Sí, ya pude darme cuenta.
ENCARGADO. — ¿Qué a ti no?
MANUEL. — Sí, me trató muy bien. No sólo él, toda la familia.
ENCARGADO. — ¿Entonces?
MANUEL. — No sé... Me hizo sentir muy mal con tantas atenciones. No me gusta que me traten así... porque... porque no es pareja la cosa. Son tan exagerados... Me lavaban la ropa sin que yo se los pidiera. De día alguien dejaba de trabajar para estarse conmigo y llevarme a algún paseo. A la hora de comer me atiborraban de comida y se molestaban si no quería o dejaba algo en el plato. Un día hasta dejaron de comer por que yo no quise... Me les escondí. Cuando al fin regresé me dí cuenta de que me habían estado esperando con la comida toda la tarde. Me remuerde mucho la conciencia por no quedarme más tiempo, pero es que ya no sabía qué decir, ni cómo mirarlos, ni si agradecer o no todo lo que se molestaban por mí. De verdad. Es algo que ni yo mismo me puedo explicar. ¿Para qué tanta atención? ¿Qué es lo que quieren de mí? ¿O qué les hace pensar que yo, por el simple hecho de ser de la ciudad, soy en algún sentido mejor que ustedes?
ENCARGADO. — ¿Y no es cierto eso?
MANUEL. — No.
ENCARGADO. — Yo viví en la capital. Allá todo es diferente. Me fuí con un amigo que también era de aquí. Yo no aguanté. El sí. El se quedó. Quizás ustedes no se sientan más que nosotros, pero nosotros sentimos que sí. Per eso mejor me regresé.
MANUEL. — ¿Cómo qué horas son?
ENCARGADO. — Han de ser como las diez. Todavía falta mucho.
MANUEL. — Oiga, ¿y si no hay lugar?
ENCARGADO. — ¿Dónde?
MANUEL. — En el camión. ¿Qué va a pasar si viene lleno?
ENCARGADO. — Pues hay que esperar al siguiente.
MANUEL. — ¿A qué horas pasaría?

- ENCARGADO. —Solamente hay uno directo. Sale a las siete de la mañana.
- MANUEL.— ¿Las siete?
- ENCARGADO. —Sí. No hay otro.
- MANUEL.— ¿Y yo?
- ENCARGADO. —No sé. No puedes quedarte aquí toda la noche. Yo tengo que cerrar como a las dos y media. Luego vienen a abrir como a las seis.
- MANUEL.— Y yo, ni modo de regresar con Don Laureano. (*Pausa*) No, pero sí va a haber, ¿verdad?
- ENCARGADO. —¿Nunca te ha pasado que tengas que dormir en la intemperie?
- MANUEL.— No.
- ENCARGADO. —(*Riendo*) Pero no pongas esa cara, hombre. Nosotros podemos alquilarte algún petate.
- MANUEL.— ¿Cuánto cobra?
- ENCARGADO. —Así como los de México, no. Hay una señora que alquila cuartos pero por mes. Es gringa, pero se lleva muy bien con todos nosotros. Quién sabe qué le dio por venirse a vivir hasta acá. A la mejor está un poco loca. Ah, y tiene una sobrinita muy guapa. Por cierto que te va a tocar conocerla. Dijo que hoy se iba, a la misma hora que tú. Siempre me encarga que le pidamos un apartado, por eso te advierto que ella tiene preferencia sobre ti.
- MANUEL.— ¿Cuántos vienen con ella?
- ENCARGADO. —Es ella nada más. ¿No ves que también es gringa? A esas no les da miedo viajar solas, ni siquiera de noche. Vas a ver que que te va a caer muy bien. Está muy chula. Yo la conozco desde hace mucho tiempo porque seguido está viniendo. Además da muy buenas propinas. Yo no sé, a veces pienso que debimos habernos ido hasta el otro lado. Los gringos pagan mucho y las gringas están muy bien. Allá sí me hubiera quedado. En cambio a México nada más fuimos a sufrir. Nadie quería darnos trabajo. Mi amigo no se tardó tanto en encontrar, pero también es que él le entraba a todo. Al principio le gustaba repartir sus ganancias conmigo. A mí me daba mucha vergüenza, pero me la aguantaba, por hambre. Un día se enojó conmigo y entonces me tuve que regresar. Me acuerdo que me dijo: “eres un güevón, pinche Nicanor”; pero no es cierto. Yo no soy ningún güevón. Lo que pasa es que a mí no me gusta arrastrarme ante la gente ni tampoco estar de lameculos para que no me den nada. Por eso me regresé. Mejor para mí, porque a estas alturas quién sabe qué haya pasado con él. Estuvo escribiendo a su casa. Mandaba dinero de vez en cuando. Luego ya ni escribió. A mí cuando pasaba por su casa, llegaba a preguntar cómo le iba. A veces me daba mucho coraje por no haber aguantado un poco más. Pero ya nadie sabe nada de él. A la mejor ya se murió. Yo siquiera me quedé con este trabajo. Un buen trabajo, bonito y descansado... sin tener que rajarme el lomo trabajando la tierra. Aquí nadie sabe otra cosa. Ni la gringa.
- MANUEL.— Hay gente de la ciudad, que cree que vivir en el campo, sembrando la tierra y cuidando animales, es lo mejor.
- ENCARGADO. —¿De veras? Yo nunca conocí a nadie así. Cómo se ve que nunca se han fregado como nosotros.
- MANUEL.— Mi padre siempre habla como si aquí estuviera la verdadera vida. Le gusta demostrarnos que la tierra nos lo entrega todo.
- ENCARGADO. —Pues eso sí es cierto; pero nada te lo da de gratis.

- MANUEL.— Mi padre lo sabe porque también él vivió aquí mucho tiempo.
- ENCARGADO.— Oye, ¿quieres jugar?
- MANUEL.— ¿A qué?
- ENCARGADO.— A esto. Mira. (*Saca una perinola y la hace girar*) ¿Las conoces?
- MANUEL.— Claro.
- ENCARGADO.— ¿Juegas?
- MANUEL.— No.
- ENCARGADO.— Así nada más, no. De a apuesta.
- MANUEL.— No, menos así.
- ENCARGADO.— Orale, hombre, para que se pase rápido el tiempo.
- MANUEL.— Pero no tengo dinero.
- ENCARGADO.— No se necesita mucho. De a veinte el punto. Además, si vas perdiendo le paramos y ya.
- MANUEL.— Bueno.
- ENCARGADO.— ¿Cuántos veintes traes?
- MANUEL.— (*Cuenta*) Tengo cuatro.
- ENCARGADO.— Yo aquí tengo muchos por si hacen falta más. Ahí están tres de entrada.
- MANUEL.— ¿Tanto?
- ENCARGADO.— ¡Ay, cuate! Son sesenta centavos.
- MANUEL.— Bueno, ahí están.
- ENCARGADO.— ANDA, tira tú primero.
- MANUEL.— Voy. (*Tira*)
- ENCARGADO.— ¡Chin! ¡“Toma todo”! ¿Ya ves? Ya me amolaste los sesenta centavos que tanto chillabas. Hablas.
- MANUEL.— Van tres otra vez.
- ENCARGADO.— Eso. Así me gustan, arriesgados. Voy. (*tira*) “Pon uno”. Vas.
- MANUEL.— Parece que no traigo tan mala suerte, ¿verdad? (*Tira*) ¡“Toma tres”.
- ENCARGADO.— ¡Chin!
- MANUEL.— Me gusta el jueguito este, me gusta.
- ENCARGADO.— Espérate tantito que ahorita me recupero. A poco no es emocionante.
- MANUEL.— No, pues eso sí.
- ENCARGADO.— (*Sacando una botella de la canasta*) Mira. Me trajeron otra botellita. Te voy a convidar un traguito porque ya me caiste bien. Pero esto tiene que quedar entre nosotros.
- MANUEL.— Yo no tomo, gracias.
- ENCARGADO.— Andale, nada más un trago. Para que se nos quite el frío.
- MANUEL.— Ni hace.
- ENCARGADO.— Tú tómatelo, ándale.
- MANUEL.— No.
- ENCARGADO.— ¿Pues qué me vas a hacer el desaire como a Don Laureano?
- MANUEL.— Bueno, pero nada más un trago.
- ENCARGADO.— Sí, hombre. (*Manuel bebe*) Está fuerte, ¿verdad?
- MANUEL.— Un poco.
- ENCARGADO.— (*Después de beber*) ¿Y qué Don Laureano no te convidaba de su mezcal ?
- MANUEL.— No.
- ENCARGADO.— Con razón te le fuiste. ¿Quieres otro?
- MANUEL.— No.
- ENCARGADO.— Ni modo. No le vayas a decir a nadie, ¿eh?
- MANUEL.— No, ¿cómo cree?
- ENCARGADO.— Todos los días me compran mi botellita. Hay que aprovechar el tiempo, ¿no? (*Ríen*) ¿Quién va?

MANUEL.— Usted.
 ENCARGADO.— Ah, sí. A ver si el traguito este me trae suerte. (*Tira*) ¡“Toma dos”! Bueno, ya es algo, ¿no crees?
 MANUEL.— Sí, claro. Ahora voy yo.
 ENCARGADO.— Espérate tantito. Parece que ya empecé a refinar el mezcalito. No me tardo.

Sale por la puerta que conduce al baño. En este momento hace su entrada Cintia. Es una muchacha con tipo de extranjera pero que habla perfectamente bien el español. No tiene acento. Es joven y atractiva.

CINTIA.— Buenas noches.
 MANUEL.— Buenas noches.
 CINTIA.— ¿Y el encargado?
 MANUEL.— Está allá dentro.
 CINTIA.— ¿Tardará mucho?
 MANUEL.— No creo.
 CINTIA.— Bueno... entonces voy a la farmacia y vuelvo. (*Sale*)

Manuel se entretiene lanzando la perinola. Momentos después regresa el encargado.

ENCARGADO.— Ahora sí ya estoy listo. ¿Tú no quieres orinar?
 MANUEL.— No. Vino una muchacha.
 ENCARGADO.— ¿Quién?
 MANUEL.— Yo creo que era la gringa.
 ENCARGADO.— ¿Qué dijo?
 MANUEL.— Nada, que ahorita regresa. Creo que iba a la farmacia.
 ENCARGADO.— Ah bueno, entonces me espero. ¿Y qué te pareció? ¿A poco no está chula?
 MANUEL.— Sí, bastante.
 ENCARGADO.— ¿Y a poco no te trató muy bien? Esa sí que sabe hablar como la gente. No que otras parece que rebuznan. ¿Sabes cómo se llama?
 MANUEL.— No.
 ENCARGADO.— Cintia. ¿Bonito, no?
 MANUEL.— Sí.
 ENCARGADO.— ¿Qué te parece de cuerpo?
 MANUEL.— Pues, que está muy bien.
 ENCARGADO.— ¿Bien? ¡Está buenísima! (*Ríe*) Ya la quisieras para tenerla un rato. Bueno, que siga el juego. ¿Quién va?
 MANUEL.— Yo.
 ENCARGADO.— Orale, pues.
 MANUEL.— Va. (*Tira*) ¡Toma todo”, otra vez “toma todo”!
 ENCARGADO.— ¿Y dices que nunca habías jugado?
 MANUEL.— No. He jugado muchas veces pero nunca de apuesta.
 ENCARGADO.— Entonces es pura suerte de principiante. Ahorita vas a ver. ¿Otra vez van tres?
 MANUEL.— ¡Claro!
 ENCARGADO.— Voy yo.

Vuelve a entrar Cintia.

CINTIA.— Buenas noches, Nicanor.
 ENCARGADO.— (*Poniéndose de pié*) Buenas noches, señorita. Pásele.
 CINTIA.— ¿Interrumpo?

ENCARGADO. — No, nada. Estábamos matando el tiempo nada más. ¿Venía por lo de su equipaje?

CINTIA. — Sí. . . ¿Usted no sabe qué le pasó a Don Jesús? No está su camioneta.

ENCARGADO. — Sí, señorita. Lo que pasó es que tuvo que salir a comprar unas refacciones. Lo más seguro es que regrese mañana.

CINTIA. — Porque fijese que él es quien siempre me ayuda con el equipaje. Creo que yo sola no voy a poder con todo.

ENCARGADO. — Sí, ya me lo había platicado Don Jesús. Somos muy amigos.

CINTIA. — Pues sí, fijese. ¿Qué haré?

ENCARGADO. — No se preocupe, señorita. Yo no puedo ir hasta su casa pero voy a ver a quién me puedo traer para que le ayude.

CINTIA. — ¿De veras me haría ese favor?

ENCARGADO. — ¡Claro, señorita!

CINTIA. — ¿Pero no tiene que permanecer aquí cuidando?

ENCARGADO. — No me tardo nada. No se preocupe. Es más, vamos a mi casa

CINTIA. — Si no le importa, prefiero esperarlo aquí.

ENCARGADO. — Yo lo decía para ganar tiempo.

CINTIA. — Es igual. Si está tan cerca su casa. . .

ENCARGADO. — Bueno, entonces ahorita regreso. (*A Manuel, señalando el asiento del escritorio*) Mira, siéntate aquí para que cuides mientras yo regreso. No me tardo nada. (*Sale*)

Cintia se pasea nerviosamente. Saca un cigarro pero no encuentra con qué encenderlo. Después de mucho buscar se acerca a Manuel.

CINTIA. — Hola, soy Cintia. ¿Y tú?

MANUEL. — Yo soy Manuel.

CINTIA. — ¿De casualidad no tienes un cerillo?

MANUEL. — (*Se busca rápidamente en las bolsas*) Yo traía unos por aquí. No. Quién sabe dónde los habré dejado. Pero mira, ¿por qué no lo enciendes con una de esas veladoras? Yo te la bajo.

CINTIA. — Bueno, pero rápido, porque si viene alguien se puede molestar. (*Manuel baja la veladora y Cintia enciende su cigarro*) Gracias. (*Mira a Manuel con condescendencia mientras éste devuelve la veladora a su lugar*) ¿Tú no eres de aquí, verdad? Nunca te había visto.

MANUEL. — No. Vine de vacaciones pero no me gustó y por eso ya me voy.

CINTIA. — ¿Capitalino, no?

MANUEL. — Sí.

CINTIA. — Yo también.

MANUEL. — Pensé que eras norteamericana.

CINTIA. — Medio, solamente. Soy hija de norteamericano y mexicana.

MANUEL. — Ah. ¿Y a tí te gusta el pueblo?

CINTIA. — Sí. Me parece muy tranquilo. Me la paso muy bien aquí. Vivo con una tía que me quiere mucho.

MANUEL. — ¿Vienes muy seguido?

CINTIA. — Más o menos. Vengo casi siempre que tengo vacaciones. Deberías quedarte. Aquí se la puede pasar uno muy divertido.

MANUEL. — ¿Tú crees?

CINTIA. — Sí, mira, lo que pasa es que no has de conocer bien. ¿Fuieste al Salto?

MANUEL. — No. Me invitaron pero no quise ir.

CINTIA. — Pues esa es una cascada preciosa. A veces hay demasiada gente, pero vale la pena conocerla. Hubieras ido.

MANUEL. — Sí. De todos modos conocí muchos lugares. El ingenio, por

- ejemplo. Aunque en esta temporada no funciona, me explicaron como funcionan todas esas máquinas.
- CINTIA.— ¿Vienes sólo?
- MANUEL.— Sí. Iba a venir con unos amigos, pero a última hora se fueron a Acapulco. Yo hubiera preferido irme con ellos pero ya no me pude negar a venir. Mi papá tenía muchas ganas de que viniera y ya estaban avisados sus parientes de aquí.
- CINTIA.— ¿Tienes parientes aquí?
- MANUEL.— Un primo de mi padre solamente. Yo ya ni me acordaba de él.
- CINTIA.— Sí, ¿verdad? A veces se encuentra uno con que se tienen parientes en los lugares más inesperados. Yo me llevo muchas sorpresas cuando voy a Estados Unidos. Pero aquí la gente le da demasiada importancia a los parentescos. Yo no. A mí me gusta tener la libertad de enamorarme de cuanto primo norteamericano descubro. (Ríe) Pero aquí la gente es tan... efusiva. Mira, por ejemplo, en Estados Unidos nunca hubiera encontrado al encargado jugando a la perinola con uno de los clientes. Quien los viera juraría que llevan años de conocerse cuando posiblemente, después de esta noche, nunca en su vida volverán a encontrarse.
- MANUEL.— ¿Y allá no pasan cosas así?
- CINTIA.— Bueno, claro que la gente tiene amigos, pero los escoge muy bien. Además lo grave de esto es que un empleado esté descuidando así su trabajo. Allá la gente es más estricta. Aquí todo se hace nada más al aventón. ¡Y hay que ver cómo se se tarda! Ya no me va a dar tiempo de nada.
- MANUEL.— Te vas en el de las once, ¿verdad?
- CINTIA.— Si este señor no se tarda más, sí.
- MANUEL.— Yo también.
- CINTIA.— Qué bueno.
- MANUEL.— ¿Vas a México?
- CINTIA.— Sí. Allí vivo.
- MANUEL.— Yo también. ¿Por dónde vives?
- CINTIA.— Por la colonia Narvarte.
- MANUEL.— Yo vivo bastante cerca de ahí.
- CINTIA.— Es un bonito rumbo, ¿verdad?
- MANUEL.— Sí. Yo vivo en la colonia Postal.
- CINTIA.— No la conozco.
- MANUEL.— Está a unas cuantas calles de Tlalpan.
- CINTIA.— No, pues no sé.
- MANUEL.— Mira, ¿conoces el metro?
- CINTIA.— ¡Ay, no! Debe ser horrible. ¿Qué pasará con este señor? Ya me puse nerviosa.
- MANUEL.— ¿Quieres que vaya a buscarlo?
- CINTIA.— Sí, por favor.

Manuel va a salir, pero estando en la puerta se regresa.

- MANUEL.— Creo que ya viene.
- CINTIA.— ¡Al fin! ¿Viene con alguien?
- MANUEL.— No, parece que no.
- CINTIA.— ¡Chihuahua! ¿Y ahora qué hago?
- MANUEL.— Si quieres yo voy a ayudarte.
- CINTIA.— ¿De veras?
- MANUEL.— Sí. No es muy lejos de aquí, ¿verdad?
- CINTIA.— Aquí nada más. luego, luego.

MANUEL.— Bueno, pues vámonos.
CINTIA.— Gracias.

Manuel recoge sus cosas al tiempo que regresa el encargado cansado y sudoroso.

ENCARGADO.— Ya está todo listo, señorita.

CINTIA.— ¿Qué?

ENCARGADO.— Ya mandé a dos de mis hijos para su casa. Pensé que así ganaríamos tiempo.

CINTIA.— Ah, bueno; entonces ahorita regreso.

MANUEL.— Vámonos.

CINTIA.— Ya no es necesario que tú vayas. Gracias.

MANUEL.— No le hace. De todas maneras te acompaño.

CINTIA.— No, no te molestes. De cualquier forma, muchas gracias. (*sale con prisa*)

ENCARGADO.— ¿Qué pasó aquí?

MANUEL.— Nada.

ENCARGADO.— ¿Ya se iban?

MANUEL.— Creímos que no había podido conseguir a nadie. Se tardó tanto que...

ENCARGADO.— ¿Pero cómo que no?

MANUEL.— Como yo vi que venía sólo.

ENCARGADO.— ¿Y qué? Yo siempre cumplo mi palabra.

MANUEL.— Bueno, ahora ya lo sabemos.

ENCARGADO.— Lo saben..., lo saben... ¿Qué dijiste? "Ahorita que no está este buey me aprovecho".

MANUEL.— Ella fue la que me pidió que la ayudara.

ENCARGADO.— ¿Ella?

MANUEL.— Sí.

ENCARGADO.— No es cierto.

MANUEL.— Bueno, ¿y por qué no?

ENCARGADO.— Porque ella confía en mí y porque ahí donde la ves, será muy gringa y todo pero no es ninguna puta.

MANUEL.— ¿Qué le pasa? Yo no he hecho nada malo.

ENCARGADO.— No me gusta que me quieran ver la cara de pendejo.

MANUEL.— Eso dígaselo a ella. ¿A mí por qué?

ENCARGADO.— ¿Qué fue lo que te dijo?

MANUEL.— Nada. Estuvimos platicando.

ENCARGADO.— ¿De quién?

MANUEL.— De nadie. De nosotros mismos. De dónde vivimos y cosas así.

ENCARGADO.— ¿Y qué te dijo de mí?

MANUEL.— Creo que nada.

ENCARGADO.— ¿Crees nada más?

MANUEL.— Estoy seguro.

ENCARGADO.— (*Después de una pausa*) Oye...

MANUEL.— ¿Qué?

ENCARGADO.— ¿Tú crees que tú le gustas a ella?

MANUEL.— ¿Quién sabe?

ENCARGADO.— ¿Cómo no lo vas a saber? Eso luego se siente.

MANUEL.— No me fijé.

ENCARGADO.— No te creo. (*Pausa*) Oye... ¿tú crees que si yo me vistiera bien... así como tú...

MANUEL.— ¿Cómo yo?

ENCARGADO.— Sí.

MANUEL.— ¿Cómo?

ENCARGADO.— Pues así... con ropa buena...

MANUEL.— ¿Qué?
 ENCARGADO.—...¿ella pudiera... fijarse en mí?
 MANUEL.— ¿Yo qué sé?
 ENCARGADO.—Tal vez sí. Al menos tengo que probarlo. Oye...
 MANUEL.— ¿Qué quiere?
 ENCARGADO.—Préstame ropa.
 MANUEL.— ¿Ropa?
 ENCARGADO.—Sí, ándale. Nada más para ver cómo me veo.
 MANUEL.— Ay, sí, ¿cómo cree?
 ENCARGADO.—Nada más por un momentito.
 MANUEL.— No, no puedo.
 ENCARGADO.—Mira, ya sé. Vamos a jugárnosla. Si tú ganas te consigo que te vayas hasta México sin pagar. Cuando quieras.
 MANUEL.— No. Ya dije que no me gusta jugar.
 ENCARGADO.—Orale, no seas rajón.
 MANUEL.— Ni siquiera le queda bien mi ropa.
 MANUEL.— Ni siquiera le queda bien mi ropa.
 ENCARGADO.—¿Cómo lo sabes? Andale, vamos a probar.
 MANUEL.— No, no quiero.
 MANUEL.— ¿Por qué no?
 ENCARGADO.—Porque me tienes asco, ¿verdad?
 MANUEL.— ¿Asco?
 ENCARGADO.—Sí, asco. Nos tienes asco a todos los de este pinche pueblo. ¿Qué crees que no se te nota?
 MANUEL.— No es cierto.
 ENCARGADO.—Andale, dilo, no tengas miedo.
 MANUEL.— No. No tengo por qué decir lo que no siento.
 ENCARGADO.—¿Entonces por qué no juegas conmigo?
 MANUEL.— Porque no quiero.
 ENCARGADO.—Está bien. cuate. ¡Cuate! Tienes razón. La mona, aunque se vista de seda... (Por las monedas) Recoge tus pinches fierros.
 MANUEL.— No son míos.
 ENCARGADO.—¡Que los recojas, cabrón! (*Manuel se guarda parte solamente*)
 ¿Y esos?
 MANUEL.— Son los suyos
 ENCARGADO.—Llévatelos también.
 MANUEL.— No. Esos no me los gané.
 ENCARGADO.—No le hace, llévatelos también.

Manuel recoge el dinero y la perinola y los pone sobre el altarcito. Después recoge sus cosas y se dispone a salir. El encargado se da cuenta.

ENCARGADO.—¿Dónde vas?
 MANUEL.— Aquí afuera nada más.
 ENCARGADO.—No te vayas. Ya no te voy a molestar.
 MANUEL.— Quiero tomar el aire.
 ENCARGADO.—Ya no te voy a hacer nada.
 MANUEL.— No es por eso.
 ENCARGADO.—(*Casi suplica*) ¡Que te quedes, con un carajo!

Manuel se sienta en una de las bancas. El encargado bebe.

ENCARGADO.—¿Quieres?
 MANUEL.— No.
 ENCARGADO.—Chíngate entonces

Vuelve a entrar la mujer del encargado.

- ENCARGADO. — (Al verla) ¿Y tú qué carajos quieres aquí? (Ella registra todo el lugar con la mirada) ¡Contéstame!
- MUJER. — ¿Dónde están?
- ENCARGADO. — ¿Quién?
- MUJER. — Diego y Martín.
- ENCARGADO. — ¿Para qué los quieres?
- MUJER. — ¿Dónde están?
- ENCARGADO. — No estés chingando.
- MUJER. — ¿Qué no te das cuenta de que Martín está muy enfermo? ¿No te da pendiente de que le vaya a hacer mal salir así?
- ENCARGADO. — No les va a pasar nada. Vete para la casa y espéralos ahí.
- MUJER. — Tú sabes dónde están. Ya no se puede una descuidar tantito porque luego, luego nos amuelas.
- ENCARGADO. — Aunque supiera dónde están no te lo iba a decir. ¿Cómo no te diste cuenta cuando se salieron?
- MUJER. — Es que el Martín estaba todo frío y sude y sude. Salí nada más a averiguar de algún remedio. Ayúdame a buscarlos, no les vaya a pasar algo.
- ENCARGADO. — Mira vieja, ya cállate. Están haciéndome un mandado. No se van a tardar nada. Espéralos en la casa.
- MUJER. — ¿A dónde los mandaste?
- ENCARGADO. — Aquí cerca nada más.
- MUJER. — ¿Pero cómo se te ocurre, a estas horas y con lo enfermo que está Martín? Si le pasa algo tú tienes la culpa.
- ENCARGADO. — ¿Ya ves? Por eso no te quería decir nada. (A Manuel) ¿Ya viste cómo son las viejas?
- MUJER. — ¿Dónde están los muchachos?
- ENCARGADO. — Fueron aquí a la casa de la gringa. Ya han de venir de regreso.
- MUJER. — ¿Me estás engañando?
- ENCARGADO. — No. (La mujer sale apresuradamente dándole un empujón al encargado quien trata de detenerla) Espérate, cabrona. ¿A dónde vas? No vayas a ir para allá porque te pongo una cue-riza. ¡Espérate! ¡Pinches viejas! Ahora a ver si ésta no mete las patotas. Ahí anda cuidando a los hijos como si fueran viejas. Así nunca van a aprender. Nunca van a aguantar nada. ¿Pues qué no se da cuenta de que no tienen nada? ¿No mira que están igual que yo, sin un mugre pedazo de tierra para trabajar? ¿Y sabes por qué? Te estoy hablando, cabrón. ¿Sabes por que?
- MANUEL. — No, no sé por qué.
- ENCARGADO. — Por que necesitaba dinero para largarme y vendí toda mi tierra. No era mucha, pero era mía... Y ahí están todos los del pueblo haciéndome el feo. Hasta mi vieja... ¿Pues qué carajos quieren que yo haga? ¿Qué? (Pausa) ¿Y tú que tanto miras allá afuera?
- MANUEL. — ¿Quién sabe qué pasó?
- ENCARGADO. — ¿Por qué?
- MANUEL. — Su esposa y la gringa están allá discutiendo.
- ENCARGADO. — ¿De veras?
- MANUEL. — Creo que ya viene para acá.
- ENCARGADO. — ¿Quién?
- MANUEL. — La gringa.
- ENCARGADO. — ¿Sola?
- MANUEL. — Sí. Viene cargando con todas sus cosas.
- ENCARGADO. — Esa pendeja... esa pendeja ya me chingó... ¿Qué hago?

MANUEL.— No sé.
 ENCARGADO.— Dime, dime, ¿qué hago? ¿Me escondo?
 MANUEL.— ¿Para qué?
 ENCARGADO.— No quiero que me vea. Dile que ya me fui.
 MANUEL.— ¿Pero a dónde?
 ENCARGADO.— A donde tu quieras. Dile lo que sea, pero que no me vea. Andale, ve. (*Manuel permanece sin saber qué hacer*) ¿No me vas a hacer ese favor?

Manuel se decide y sale. El encargado no se atreve a esconderse ni a asomarse a la puerta para ver qué pasa. Camina con vacilación a la puerta cuando entra Cintia con su equipaje. Detrás de ella, Manuel.

ENCARGADO.— ¡Señorita! ¿Qué pasó?
 CINTIA.— ¿Que qué pasó? Pues nada, lo que era de esperarse.
 ENCARGADO.— ¿Y los muchachos?
 CINTIA.— ¿Los muchachos? ¿Cómo se le ocurrió mandarme un niño tan enfermo? ¿No se dio cuenta de que apenas podía sostenerse? ¡Tuve que venirme cargando yo sola con todo casi la mitad del camino!
 ENCARGADO.— ¿Qué le pasó a mi muchacho?
 CINTIA.— Se desmayó. Mi tía cargó con él para su casa.
 ENCARGADO.— Yo no me dí cuenta, señorita. No me dijo nada. Se lo juro.
 CINTIA.— A mí no tiene que jurarme nada.
 ENCARGADO.— ¿Yo cómo iba a querer que le pasara nada malo?
 CINTIA.— Es increíble que se pueda ser tan irresponsable.
 ENCARGADO.— Señorita, no me regañe por favor.
 CINTIA.— ¡Estúpido! ¡Bruto! Ni los animales hacen cosas así.
 ENCARGADO.— Por favor, yo no sabía.
 CINTIA.— ¡Animal! Ya cálese. Y todavía tener que soportar los insultos de esa mujer. Como si uno tuviera la culpa de que ustedes sean tan estúpidos. Brutos! ¡Animales, eso es lo único que son! Así les gusta que los traten. (*A Manuel*) Y mira cómo se queda allí, paradote sin hacer nada. Ha de estar rezándole a la virgen, no se sabe si para que se salve el niño o para quitarse una boca que mantener.

Ante las palabras de Cintia, el encargado sale. Cintia voltea con Manuel y se sonríe meneando la cabeza. Saca un cigarro y lo enciende.

CINTIA.— Estaba borracho, ¿verdad?
 MANUEL.— No sé. Creo que sí.
 CINTIA.— ¡Imbéciles! Me da tanto coraje... ¿Lo peor de todo sabes qué es?
 MANUEL.— No.
 CINTIA.— Que ese niño no se va a morir y a la primera oportunidad va a volver a suceder lo mismo.
 MANUEL.— ¿Está muy enfermo?
 CINTIA.— Sí, pero esta clase de gente se repone muy fácilmente. Son como burros. Quién sabe cómo, pero siempre salen adelante. Además, mi tía siempre les está ayudando. Con mayor razón ahora que cree que yo tuve la culpa de todo.
 MANUEL.— ¿Y si se muere?
 CINTIA.— No. ¿Qué se va a morir? (*Mira su reloj*) Cinco para las once. para las once. Ojalá que no se retrase el camión. ¡Ay, cómo me duelen los brazos! Lo malo es que si no está el bruto ese aquí, a la mejor nos entretienen. Ojalá que nos toquen dos lugares juntos, ¿no? (*Manuel no contesta*) ¿Me ayudas a su-

bir mis cosas? Mira tú te subes la tuya y ésta que está un un poco más pesada que las otras. Tengo todo el brazo destrozado... (Abriendo su bolso) Mira, aquí tengo unos chicles. ¿Quieres?

MANUEL.—

No, gracias.

CINTIA.—

Andale, tómalos. Evitan el mareo.

MANUEL.—

No... no quiero.

CINTIA.—

Bueno, conste, ¿eh?

Se ha escuchado el ruido del camión que se estaciona. Entra el chofer del camión.

CHOFER.—

Buenas noches.

CINTIA.—

Hola. Qué puntual.

CHOFER.—

Gracias, señorita. ¿Y el encargado?

CINTIA.—

No está. Creo que tuvo algún problema en su casa. (A Manuel) ¿Verdad?

MANUEL.—

Está muy enfermo su hijo.

CHOFER.—

¡No hombre!

CINTIA.—

¿Tenemos que esperarlo?

CHOFER.—

Sí.

CINTIA.—

Porque parece que se va a tardar mucho.

CHOFER.—

No, pues entonces vámonos de plano. A ver si de regreso puedo firmarle la papeleta. Usted es la persona del apartado, ¿verdad?

CINTIA.—

Sí, soy yo.

CHOFER.—

Bueno, vámonos.

CINTIA.—

¿Tiene más lugares vacíos, verdad?

CHOFER.—

Sí, hay muchos. (Por Manuel) ¿Es su hermanito?

CINTIA.—

No, yo no tengo hermanos.

CHOFER.—

Es que de pronto se me figuró.

CINTIA.—

No somos nada.

CHOFER.—

Ah. Bueno, pues vénganse.

MANUEL.—

Yo me voy a quedar.

CINTIA.—

¿Qué? ¿Te quedas?

MANUEL.—

Sí.

CINTIA.—

¿Por qué?

MANUEL.—

¿No te acuerdas que me dejaron a mí cuidando esto?

CINTIA.—

¿Quién?

MANUEL.—

El encargado.

CHOFER.—

¿A usted, joven?

MANUEL.—

Cintia es testigo.

CHOFER.—

¿Pero quién es usted?

MANUEL.—

Un amigo del encargado, (A Cintia) ¿verdad?

CINTIA.—

(Al chofer) ¿Nos vamos? Se está haciendo tarde.

CHOFER.—

Bueno, entonces súbase usted. Joven, ahí me saluda a Nicanor. Ojalá que se cure pronto su muchacho.

MANUEL.—

Sí, ándele, yo le digo.

CHOFER.—

Buenas noches.

MANUEL.—

Buenas noches.

El chofer sale. Cintia y Manuel se miran. Ella se sonríe.

CINTIA.—

Supongo que tendré que llevar yo misma mis cosas al camión, ¿no es así? (Las toma) Hasta la vista, niño. Que pases una muy buena noche. (Sale)

Se escucha el ruido del camión que parte. Manuel va hasta el lugar del encargado y se sienta. Se cierra lentamente el TELON.